



Aparador que contiene objetos espuestos por Mr. Nahat, ebanista del emperador.

## EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS.

### APARADOR DE MR. NAHAT.

El anterior grabado, es una copia exacta del magnífico aparador de Mr. Nahat, que tan vivamente ha llamado la atención de los visitantes de la exposición industrial de París, en la galería de Napoleón. Si la copia que presentamos no bastare para dar idea de su mérito, se comprenderá con decir, que siendo como es de una madera común, está valuado en la suma de 40,000 francos, cifra fabulosa á que le hace subir el prodigioso trabajo del artista.

## EL ANTICUARIO JUAN FERNANDEZ FRANCO.

### NUEVAS NOTICIAS SOBRE ESTE ESCRITOR.

En los números 21 y 25 del año pasado de 1854 se halla un artículo en este SEMANARIO firmado por F. L. G., en que se dan noticias de un MS. hallado en Coria en 1835, escrito por Juan Fernandez Franco, nombrándolo Juan Alonso Franco, sin duda por error de los copiantes. De este MS. sacó su descubridor varias noticias biográficas, algunas que ignoraron los que en el siglo pasado procuraron indagar las circunstancias de este escritor, otras nada conformes con lo que ya se sabía de él, y otras que convienen exactamente. Se le da por patria á Franco en este MS. la villa de Pozoblanco, estando demostrado incontestablemente que fué de Montoro, ambas poblaciones de la provincia de Córdoba: se nombra su primera mujer erradamente Juana Pedriches, á la segunda Ana Maldonado, constando por su testamento y partida de matrimonio que se llamó Marina de Leon, y no se puede decir que casaria tres veces, pues en dicho instrumento no declara mas que dos matrimonios. El autor del citado artículo deduce que el Br. Diego Franco, que allí se menciona, era de su familia; pero ignora que era su hijo. Al principio del primer artículo se dice: «se sabía que Juan Alonso Franco había sido discípulo y colaborador de Ambrosio de Morales; mas sus obras no se conocían, cuando al venir yo en 1835 á la ciudad de Coria vi un libro en folio etc. Si el autor de los artículos sabía esto, era consiguiente supiese también que el Franco, discípulo de Morales, era de Montoro y no de Pozoblanco. Manifiesta finalmente el autor de los artículos tener noticia por las

obras de Pons y de Cean de otro anticuario llamado Juan Fernandez Franco, natural de Montoro, juzgándolo distinto, en cuyo concepto dice que las obras de Franco no se conocían, sin embargo de que no ignora existe un tomo impreso con el título de *Franco ilustrado*, que dió á luz el cura de Montoro, D. Fernando Lopez de Cárdenas; pero debe de no haberlo leído, pues á no ser así, no hubiera caído en este error. En esta obra hubiera visto el Sr. F. L. G. bien probada la patria del Lic. Juan Fernandez Franco y hubiera conocido que el autor del MS. de Coria es el mismo que el natural de Montoro.

Para rectificar, pues, y aclarar los puntos dudosos que contienen los referidos artículos y completar las noticias de Franco, nos ha parecido conveniente publicar lo que sigue:

El Lic. Juan Fernandez Franco nació en Montoro por los años de 1319, y fué hijo de Juan Alfonso Fernandez Franco y de Isabel Rodriguez. Habiendo resuelto sus padres dedicarlo á las letras, es verosímil que, siendo en aquel tiempo Montoro villa de poca importancia, sujeta á la jurisdicción de Córdoba, pasase á estudiar latinidad y humanidades á esta ciudad. Que nació en Montoro se prueba con la autoridad de Ambrosio de Morales, que lo conoció, y trató desde joven, siendo su maestro de retórica en Alcalá de Henares, pues en el discurso general de las antigüedades tratando de los hombres doctos de quienes se valió para la composición de su obra, dice así: «también nombraremos alguna vez al Lic. Juan Fernandez Franco, natural de Montoro, cerca de Córdoba, cuyo testimonio confirma el mismo Franco en las notas que puso al margen de las obras impresas de su maestro, pues tocando este pasaje dice: «me nombra entre D. Diego de Mendoza y Florian de Ocampo, y Antonio de Lebrija, y Fr. Alonso Chacon, y dice allí de mí esto: también nombraré alguna vez al Lic. Juan Fernandez Franco, natural de Montoro, cerca de Córdoba.» No habiendo Franco corregido á Morales sobre la naturaleza que le atribuye de Montoro, es claro que asintió á la aserción de su maestro, lo cual es una confesión tácita de que fué natural de aquella villa. A esta autoridad de tanto peso se agrega la tradición de los vecinos de Montoro, los cuales han conservado la memoria de que nació allí, y aun señalan la casa en que vivió en la plaza nombrada del Charco. Los que han escrito que fué natural de Pozo Blanco, como se lee en la portada de algunas de las copias que se han sacado de sus obras manuscritas, no han tenido mas fundamento que haber vivido allí sus padres algun tiempo y también el mismo Franco en aquella villa, siendo juez de apelaciones del Estado del Carpio, al cual pertenecían entonces las villas de los Pedröches, una de las cuales es Pozo Blanco.

30 DE SETIEMBRE DE 1855.



Ignoramos si principió á estudiar Derecho civil en la misma universidad de Alcalá donde cursó retórica, como ya insinuamos, y después pasó á Salamanca á concluir sus estudios, ó si ganó todos los años de Jurisprudencia en esta universidad, pues en 1550 estaba en Salamanca y había recibido el grado de bachiller. Concluida su carrera, se restituyó á su patria, donde ejerció su profesion é hizo traer á ella los restos mortales de su padre que había muerto en 1540, y los de su hermano Pedro Fernando que había fallecido en Granada de 19 años y medio en 1545, para darle sepultura en la iglesia parroquial, donde les puso una lápida de jaspe azul de dos varas de largo y una de ancho, en la que manifestando su gusto en el estilo lapidario, grabó el siguiente epitafio:

MORS. SOLA. P. RTVS  
VT. QVAE. VITAE. MALA. EXTINGVIT  
COOPERIVNTUR. HOC. LAPIDE  
IOHAN. ALFONSVS. FRANCYS  
ET. PETRVS. FERNANDVS  
ADOLESCENS. BACHALATREVS. F.  
ORIS. EXINCTI. REMOTIS  
IOHANNES. FERNANDEZ. FRANCYS  
PATRI. AC. FRATRI. AMANTISS.  
POSSVIT  
AN. SALVTIS. M.D.XL.VII.  
EVM. QVI. BENE. VIVIT  
DVLCIS. SPES. COMITATVR.

Con motivo de construir mejor iglesia en Montoro se quitaron inconsideradamente las piedras sepulcrales, y entre ellas esta, que debió haberse conservado por respeto á Franco y en consideracion á su mérito literario.

Construyéndose en su tiempo la torre de la parroquia, compuso la inscripcion que se esculpió sobre la puerta de la sacristia, y lienzó de la torre por la parte que mira á la iglesia, la cual dice así:

DEO. OPT. MAX.  
CAROLO V. INVICTISS. CAES. AVG. D. N. IMP. REGE. HISPAN. REGNANTE  
ET. HUMANISS. LEOPOLDO. AB. AVSTRIA. EPISCOPO. CORDV. TURRIS. HVIVS  
STRVCTVRA. ERIGI. COEPIT. ANN. A. XPO. NATO. M.D.XL.VIII.

Pero la instruccion de Franco y la elegancia de su estilo se echa de ver mas cumplidamente en la inscripcion que hizo para fijarla en el puente que se acababa de construir en Montoro, aunque acaso no se llegó á poner, ó si se puso la quitaron después, pues no se ve en ella, y es conocida por las copias que conservaban algunos literatos, y por haberla publicado después D. Fernando Lopez de Cárdenas en el *Franco ilustrado*. La inscripcion es como sigue:

MEMORIE. DICATVM  
CVM. VITLITATEM. PVBLICAM. TVTARI  
EPORENSI. MVNICIPIO. CORDI. SEMPER. FVERIT  
MERITO. HVNC. QVEM. CERNIS. LAPIDEVM  
INGENTENQVE. PONTEM  
BAETIS. FLVVI. RVPIBVS. INMINENTEM  
ET. CVM. TRAIAMI. PONTE. CERTANTEM  
MAGNA. SVA. IMPENSA  
AD. ETERNAM. GRATIAM. ET. MONVMENTVM. RERVIV. EXCITAVIT  
FACILES. ERGO. IAM. VIATORES. IBVNT  
TANTISQVE. ELIMINATIS. PERICVLIS  
RAPIDAS. SVBIECTI. GVRGITIS. VNDAS. CALCANTES  
SECVRITATI. PERPETVÆ. GRATIAM. HABEBVNT.

Siendo conocida la grande instruccion del Lie. Franco, así en las Antigüedades como en la ciencia del Derecho, muchos hombres eruditos buscaron su comunicacion y correspondencia, y varios señores lo emplearon en los juzgados de letras de sus estados. Entre los primeros se cuenta al maestro Pedraza, en Sevilla, al doctor Blas de Segura en Ubeda, al doctor Agustin de Oliva y al prebendado Pablo de Céspedes en Córdoba, y tambien al doctor Frias de Talavera, Gonzalo de Argote y de Molina, Luis Valdivieso, de Burgos, etc. Tovo asimismo correspondencia con el doctor Martin Perez de Oliva, inquisidor de Córdoba, Juan Ginés de Sepúlveda, Joaquin Hopeno, presidente de Flandes, Miguel Ruiz de Azagra, secretario de los serenísimos príncipes de Hungría, y Gofredo Lescaro, gobernador del marquesado de Estepa, á quien dedicó las antigüedades de esta villa.

Fué corregidor en el Estado del Carpio y juez de Espejo, Chillon, Montilla, Baza y Bujalance, y acaso tambien de Cañete de las Torres, donde se hallaba en 1534. Aunque ocupado en el ejercicio de su profesion, ó en el desempeño de estos juzgados, no descuidaba el cultivo de la Historia, y de las Antigüedades, dedicándose especialmente al estudio de la Geografía hispano-romana, y así cuando no podía por sí

mismo visitar los pueblos para examinar los vestigios de antigüedad y leer las piedras literatas descubiertas, ó que se iban descubriendo, se valia de sujetos inteligentes que le informasen exactamente, y le remitiesen copias de las inscripciones, con cuya aficion y diligencia adquirió grandes conocimientos y tanta opinion de erudito en Antigüedades, que era reputado generalmente por el primero en estas materias. Su maestro Ambrosio de Morales le consultaba con frecuencia para la composicion de sus obras, y el doctor D. José Vazquez Vene-gas, canónigo de la iglesia colegial de San Hipólito de Córdoba, conservaba en el siglo XVIII varios papeles y apuntes que fueron de Morales y le remitía Franco, escritos de su mano, de lo que se infiere que le mandaba para su historia cuanto encontraba de Antigüedades, con el juicio que formaba de ellas. Pero oigamos al mismo Morales que en el discurso general de las Antigüedades, inmediatamente después de haber dicho que Franco era natural de Montoro, prosigue diciendo: «así porque su ingenio, letras y amor y juicio de Antigüedad, y mucha diligencia en darle luz, lo merecen como porque yo me he ayudado mucho en todo esto de su diligencia grande que ha hecho en saber de todas las antigüedades de muchos lugares de Andalucía:» Y en el tratado de las Antigüedades de las ciudades y pueblos, hablando de la Beturia y Fuente Avejuna dice así: «el Lie. Juan Fernandez Franco, gobernador del Estado del Carpio, con su gran juicio y diligencia increíble fué el primero que advirtió que claramente decia *Mellariensis* y no *Miliariensis*, como todos hasta ahora habían leído. Movióse para mirar é inquirir esto con mas atencion, por considerarse como era aquella la provincia de Beturia, y que había de estar por allí, conforme á lo que de Plinio entendia, aquel municipio Mellaria, y después que así lo tuvo en limpio sacado y averiguado, por nuestra grande amistad me lo comunicó todo, como otras muchas cosas de las Antigüedades de Andalucía.»

En el opúsculo titulado: «de Cordubæ urbis origine, situ et antiquitate» que insertó Morales al fin de las obras de San Eulogio, hablando de las columnas miliarias que se hallan en Córdoba, para la inteligencia del número de millas espresado en ellas, advierte que la J. inversa que presentan vale ciento, por cuanto son dos LL. unidas que cada una vale cincuenta, y que esto el primero que lo advirtió, que él supiese, había sido Franco: «quod Francus jurisconsultus, antiquitatis studiosissimus, primus, quod sciam, animadvertit.»

Estando aun Franco en Montoro, antes de la segunda mitad del siglo XVI, y antes de salir á las judicaturas, casó con Juana Pedrique, como consta del testamento de Franco. El apellido de Pedrique es antiguo y peculiar de Montoro. De este matrimonio tuvo dos hijos, que fueron Diego y Juana.

Después del año de 1590 volvió á ser gobernador del Estado del Carpio, pues en 1597 dió posesion jurídica de él á D. Luis de Haro, quien lo continuó en el servicio de su casa, ó en el gobierno de todo el marquesado, con residencia en Pozo Blanco, ó siendo gobernador solamente de las villas de los Pedroches, que entonces pertenecian al Estado del Carpio.

Su madre Isabel Rodriguez falleció en el Carpio, sin duda viviendo en su compañía en 2 de enero de 1575, y su mujer Juana Pedrique en la misma villa en 1.º de octubre del mismo año. Ya de avanzada edad casó segunda vez en Bujalance en 25 de marzo de 1599 con Marina de Leon. En esta villa todavia se quedó entonces, y permaneció hasta su muerte, y en ella otorgó su testamento en 24 de junio de 1601, en que declara sus dos matrimonios y deja por herederos á sus hijos Diego y Juana, la cual había casado en Montoro y estaba viuda. Murió en 25 de setiembre del mismo año y fué sepultado en su iglesia parroquial con entierro cumplido.

Su hijo Diego, que había nacido en 1564, estudió Medicina en Osuna, donde se graduó de bachiller en filosofia en 1584, y después de licenciado en Medicina. Fué médico de Villafrañesa, de Montoro, y de otros pueblos de esta comarca, y hombre erudito y aficionado á las letras, con cuyo motivo tuvo correspondencia con el racionero Pablo de Céspedes. Murió en Montoro en 5 de julio de 1609 siendo viudo de doña Catalina de N.

Viniendo ahora á tratar de sus obras, haremos mencion de ellas segun el orden con que las escribió.

Fué la primera un tratado sobre las Antigüedades de Martos, que dedicó á su gobernador el doctor Dávalos de Segura, y acabó en Bujalance en 17 de marzo de 1535.

En 1564 escribió su tratado de Numismas, que dedicó á D. Diego Fernandez de Córdoba marqués de Comares, el africano, señor de Lucena.

En 1565 el Monumento de Antigüedades é inscripciones romanas que había trabajado en Espejo, y lo dedicó á D. Pedro Fernandez de Córdoba, marqués de Priego, y señor del Estado de Aguilar.

Siendo gobernador del Estado del Carpio concluyó la demarcacion de la Bética en 20 de setiembre de 1571, la cual contiene al fin un tratado de las Antigüedades de Estepa y diferentes reglas para conocer



las señales y rastros de antigüedad, que dedicó á Gopedo Lescaro, gobernador del Estado de Estepa, sujeto de instrucción y buen gusto. El maestro Florez, en la vida de Ambrosio de Morales, menciona este escrito de Franco, y otro sobre Gracuris que parece escribió por este tiempo, pues dice Florez que este y los antecedentes sirvieron á Morales para su obra de las Antigüedades que imprimió en 1575.

Después de 1577, en que ya estaban publicadas las obras de Ambrosio de Morales, se ocupó en anotar é ilustrar muchos lugares de ellas, escribiendo en las márgenes del ejemplar de su uso, el cual fué comprado por el licenciado Pedro Díaz de Rivas, después de la muerte del licenciado Diego Fernandez Franco, y últimamente paraba en la biblioteca episcopal de Córdoba de donde fué sustraído en 1856.

Memorial de Antigüedades escrito en Bujalance en 1594.

El último opúsculo del licenciado Franco es uno de noticias de la Bética que remitió desde Bujalance al prebendado Pablo de Céspedes en 1601.

Desgraciadamente las obras de Franco no se imprimieron durante su vida, ni después cuidó nadie de darlas á luz, por lo que sacaron algunas copias literatas y aficionados á antigüedades. Los originales fueron vendidos después de la muerte de su hijo Diego por su hija Juana, que fué heredera de éste, al Licenciado Pedro Díaz de Rivas, y después de la vida de éste no se sabe el paradero que tuvieron. En Córdoba existían algunos papeles sueltos por los años de 1770 en poder de D. Pedro Leonardo de Villa-Cevallos; y D. Fernando Lopez de Cárdenas en el prólogo del *Franco ilustrado* sospecha que los MSS. de Franco fueron á poder de Luis Valdivieso de Burgos, presbítero de Lucena, sujeto erudito, pues no hallándose ningunos ni en Montoro ni en Córdoba se vinieron á hallar en el siglo pasado en Lucena en poder de D. Gerónimo Roldán, quien los dió á copiar al espresado Don Pedro Leonardo de Villa-Cevallos y después á D. Marcos Dominguez de Alcántara y á D. José Vazquez Venegas, comisionados en el reconocimiento de archivos por S. M. en Córdoba. Por muerte de D. Gerónimo Roldán, el Sr. D. Francisco de Bruna y Ahumada, oidor de Sevilla, logró el cuaderno de Numismas de Franco, y los demás M.S. pasaron al reino de Sevilla donde adquirieron copias de ellos el erudito D. Patricio Gutierrez Bravo y el conde del Aguila, quien conservaba otro cuaderno en folio original de inscripciones romanas de la Bética, que acaso sea uno de los tratados que hemos enumerado, el cual estaba dedicado al marqués de Comares, y perteneció á D. Nicolás Antonio. De estas obras sacaron copias Don Manuel Diaz de Ayora natural de Córdoba y vecino de Sevilla; aficionado á antigüedades, y el ya citado D. José Vazquez Venegas, quienes las comunicaron al cura de Montoro D. Fernando Lopez de Cárdenas que publicó en Córdoba en 1775 un tomo en 4.º que contiene la *démarcacion de la Bética* etc., con el título, como ya dijimos de *Franco ilustrado*, porque le añadió copiosas ilustraciones.

Fué el licenciado Juan Fernandez Franco muy erudito y docto en la historia y antigüedades de los romanos en el rigoroso sentido de esta palabra, en sus leyes, gobierno, religion, familias, establecimientos etc., como tambien en la topografía de España, á que se aplicó con grande estudio, y diligencia, y en la que hizo grandes progresos. Tiene el mérito de haber antecedido á D. Antonio Agustín en el estudio de la Numismática, pues antes que éste escribiese de medallas, ya Franco tenia concluida su esposicion y compendio de Numismas en 1564, pero como hombre no dejó de caer en varios errores. Algunos que es necesario tener por efecto de olvido de especies que no podia menos de haber sabido muy bien, y otros por falta de consecuencia, contradiciéndose por no haber fijado su dictámen resolviendo las dudas que le ocurriesen del modo mas acertado ó probable.

LUIS MARIA RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

## RECUERDOS DE UN VIAJE.

### Un baile.

Amadas lectoras: tirad este papel, porque os llevais un gran chasco: no creais ver un baile como esos muchos que frequentais: os engañais, lo repito: no vais á encontrar bellas descripciones de trajes ni de modas: no, porque estamos á cuarenta leguas de Madrid, en un pueblecillo en que hay seiscientos vecinos y un alcalde constitucional, y un cura y su ama y no sé cuántas personas mas.

Una mañana en que dormia profundamente y en que ni me acordaba de fiestas, ni paseos, sino únicamente en descansar de una carcería que la víspera habíamos tenido, sentí pasos en mi alcoba; al pronto sobresaltado me senté en la cama; pero me tranquilizó la voz de mi patrona, que decia:—Señorito, qué buena noche vamos á pasar...—¿Qué está Vd. diciendo? mujer.—Nada, friolera, y va á ir la alcaldesa y la boticaria, y... lo principal del lugar.—Pero ¿adónde?—Levántese Vd. y se lo diré.—Y después que mi castellana abrió un

cofre y sacó de él no sé qué y lo volvió á cerrar, se fué, me dejó solo y me vestí. Pidiendo el chocolate abría la puerta de mi cuarto; cuando mi patrona dijo: le voy á decir á Vd. adónde vamos esta noche; mas yo que no olvido el chocolate por cuanto existe, la contesté que pasara al comedor y que entre sopa y sopa saborearía el buen rato que segun ella iba á tener. Pues señor, esta noche hay baile y han venido á convidar á Vd., á mí y á mi marido.—Sí, pues yo no sé si iré.—¿Cómo que no? Lo tomarán á desaire, y luego Vd., señorito, hará tan buen papel en él...—Gracias por la lisonja; pero dígame Vd., es cosa de ponerse á vestir á las diez de la noche?—Quía, si á esa hora concluirá.—Pues entonces, me decido, voy á bailar.—Momentos después me puse á leer, mas era imposible: entraban, salían, buscaban una llave, y un vestido, y un peine, y una galga, y al poco tiempo viene una vecina y empieza á disertar con mi patrona, sobre si el baile sería de etiqueta ó de medio pelo; yo me echo á reir y mis heroínas á discutir razonadamente sobre el traje que debía llevar. La discusion no bastó para decidir las, aunque fué acalorada, y tan ilustrado consejo decidió ir á consultar al ama del cura, que es mujer muy entendida en eso de etiquetas, de bailes y de iglesia.

A todo esto el marido de mi consejera empezó á templar el violín que debía ser uno de los que componían la orquesta, y al poco rato empezó un concierto de seguidillas, jotas y vales, que me hicieron recordar mi manía filarmónica, con lo cual empecé á destrozar todas las zarzuelas conocidas. Pasamos así no sé cuánto tiempo contando en él, el que invertí en felicitar al profesor; cuando vienen muy apuradas las bellas, diciendo que el baile era de etiqueta y que había refresco. Entonces empezó un movimiento desconocido, se abrieron los baules, salió el pañuelo de crespon, el vestido de muselina, un adorno con honores de jardín y no sé cuántas cosas mas. Vistos ya los preparativos suspendí mi observacion y me fui á paseo; pero llegó la hora de comer y luego, como no era cosa de quedar mal, y soy un si es es coqueton, empecé á vestirme, aunque modestamente como podreis conocer.

¡Cuán pronto pasa el tiempo! Ya son las siete y media, á las ocho es preciso ir y mi patrona no queriendo que pasase la hora, empieza á llamarme á voces; bajo, la examino, no estaba del todo mal, aunque el adorno hacia un contraste diabólico, la felicité, la dije un par de galanterías y la ofrecí mi brazo, encaminándonos en seguida á casa de la escribana, que era la que daba la funcion, señora de altas campanillas y de no muy baja estatura. ¡Qué grupo! ¡Qué sucede allí? Nada, la gente que no está convidada y viene á ver quién entra al baile. Ya llegamos ¡cuántos curiosos! Se acercan á las rejillas; examinan el local; cuchichean; se admiran. Esto va á estar delicioso, me digo á mi mismo y entramos en el salon. Era una sala cuadrada, modestas sillas y sofás de Vitoria adornan sus costados, y en sus blancas paredes se ven cuatro cornucopias antiquísimas y hasta una docena de pequeños cuadros que contienen la historia del conde de Monte-Cristo. El aluminado era digno de tan elegante mobiliario; de las cuatro esquinas del techo prenden grandísimos candeleros de cuatro mecheros, que reparten una luz demasiado clara, y difunden una densa nube de humo de no muy grato olor. Pero nadie se acuerda ni de los muebles ni de las cortinas de lienzo blanco y de los clavos dorados en que se recogen; la casa pasa por una de las mejores del pueblo y estamos en una noche en que se ve favorecida cual nunca.

Las señoritas del pueblo estan ya colocadas alrededor del salon y no se ven esos trages característicos de lugar; vemos allí unos remedos de nuestras elegantes, que parecen unas caricaturas; el vestido de muselina á grandes ramos, está á la orden del día, los pañuelos son de crespon y predomina el color encarnado, aunque hay algunos blancos y verdes; los adornos son estrepitosos bien sean de flores, ó cintas y el calzado, es el zapato bajo, de modesta cabra. Las caras son muy medianas, hay dos ó tres muy regulares; pero desprovistas de gracia y de espresion. Los hombres presentan otro cuadro muy distinto; los anchos calzones; la escasa chaqueta y la ceñida faja, se presenta do quiera y se ven en ellos esos tipos campestres, tostados del sol y curtidos por el aire.—¿Quién son esas elegantes? pregunto á un adláter, viendo llegar á unas señoras que parecían forasteras.—Son de Madrid, me contesta y me dejó en la misma duda que antes; sin embargo, me parece regular acercarme á ellas, estarán como yo, aisladas: las saludo, hablamos un rato y examinamos aquella reunion. Mas ya se oyen los violines y una escena original me hace reir. Vienen los hombres á invitar á las damas; se paran delante, dan un salto y se quedan en una postura académica pasando el brazo derecho desde el hombro izquierdo por encima de la cabeza, hasta dejarle perfectamente estendido y en direccion á su pareja y recogen el izquierdo hasta tocar con las uñas la oreja del mismo lado; después sin decir una palabra se separan y van á colocarse en medio de la sala. No tardan mucho en oirse unas manchegas, que cantan dos labriegos y acompañan dos violines y una guitarra y las mujeres se levantan y van á colocarse al lado de sus parejas masculinas. El baile empieza, qué de castañuelas; ¡cómo se mueven! ¡qué vueltas! ¡cómo se divierten! Yo continúo ha-



blando con mis elegantes madrileñas, y les hago ver lo mucho que disfrutan aquellas pobres gentes.

Ya concluyó el baile y veo encaramarse á un hombre sobre una silla para despañalar los candiles con sus dedos y dirigirse á mí y á mis compañeras de baile, á mi patrona, á la dueña de la casa y á una señora gruesa y rechoncha, que luego supe, era la ya mencionada ama del cura.—Aquí venimos á pedirle á Vd. un favor, me dicen.—Por Dios, pidan Vds. lo que quieran.—Es, que es mucho.—No importa.—Pues bien, quisieramos que bailase Vd. y lo mismo estas señoritas.—Pero si no sabemos.—Vaya: pues salten Vds.—Insisten y protestamos, pero ya no podemos rehusar y acepto mas con la condición de que luego habían de tocar una polka, fué á lo que invité á una de mis compañeras.

Héme á mí, burlona lectora, al frente del ama del cura, mi pareja, sin poder contener la risa á que escribaba su pequeña figura, su entusiasmo y su orgullo por verse preferida por un madrileño. Yo, que pensaba sacar partido de todo, empecé á elogiarla y á decirle mil sandeces que la pobre mujer aceptaba sin cumplido: todo en ella era motivo de alabanza por mí, y aunque ella alguna vez se quería disculpar, no sabía cómo; creyéndolo conseguir con la frase: se reían Vds. tanto de nosotras...

Muy larga se me hizo la jota, en que yo lucí mis buenas dotes coreográficas; pero al fin concluyó y momentos después cumplían la palabra que me dieron y se tocaba una polka. Busqué á mi pareja, rodé su lindo talle con mi brazo, y momentos después girábamos á mas y mejor, formando un buen contraste con la pesadez de los labriegos. Al fin nos paramos; la polka continuaba y nosotros, á fuer de personas de pró, nos entretuvimos en criticar, costumbre adquirida en nuestros aristocráticos salones. Cesa la polka y empíezase á sentir una alegría extrema: ya tenemos el refresco; me levanté para tomar unos vasos de naranja y llevárselos á mis paisanas; pero ¡oh horror! el refresco consistía en una gran bandeja en que había hasta unos doce vasos de vidrio rayado, una jarra con vino y un porrón con aguardiente; afortunadamente divisé una pequeña bandeja en que había unos bizcochos y agua y tuve que obsequiar á mi pareja y su familia con tan modesto buffet.

Todo agrada en esta vida: así que daban las once y el baile tocaba á su fin, lo que verdaderamente sentía: de fijo hay lectora que cree me iban interesando mis paisanas: protesto contra esa especie y les diré francamente que lo sentía, porque soy muy observador; me gustan esos cuadros nuevos; desconocidos para mí, y disfrutando en ellos tengo una pérdida cuando se acaban ó concluyo de observar. Mi patrona vino, me cogió del brazo y nos fuimos.—Se ha divertido Vd. mucho, me preguntó.—Mucho, la respondí.—No se habrá Vd. reído poco de nuestras paletadas.—Yo no me burlo, la dije con tono magistral, solo estudio.

Hé aquí, lectora bella, una verdadera fiesta de pueblo, dibujada tal cual la vi, aunque falta aquel colorido que daban los candiles, los bizcochos y el aguardiente. En ella la franqueza brillaba, y el contento se reflejaban en todos los animados rostros que constituían aquel cuadro natural, digno de Goya. Ahora que considero detenidamente aquella noche me pregunto: ¿Quién se divierte mas, aquellos labriegos con su modesto y franco baile, ó nosotros en esos aristocráticos salones en que reina esa fría etiqueta que constituye la buena sociedad? Vosotras, elegantes madrileñas á quien me dirijo, tened la bondad de contestar.

ROMAN DE PENOLISA.

## ESTATUA DE DON DIEGO LOPEZ DE HARO,

Señor de Vizcaya.

Dentro del coro de la Catedral de Toledo, y al lado del órgano del Arzobispo, se contempla una estatua de cuerpo entero, arrodillada y en ademán de orar, la cual representa á D. Diego Lopez de Haro, conocido en la historia con el nombre de el Bueno. Fué este caballero el primer combatiente que entró en la batalla de las Navas de Tolosa.

Seguíanle los caballeros de las cuatro órdenes de Santiago, Calatrava, S. Juan, y el Temple, y los concejos de Soria, Logroño y otros muchos pueblos, con el Arzobispo D. Rodrigo, y sus preladados. Estimulado D. Diego por el deseo de la gloria y aguijoneado por la presencia de tantos caballeros, empuñó de tal manera en el combate, que estuvo á pique de morir en la demanda, si no le hubieran socorrido los fregres y el rey D. Alonso VIII, decidiendo de aquella gran jornada, que aseguró para siempre el imperio de los cristianos en la península Ibérica. Nombróle después el rey para que repartiese el botín, cosa que aplaudieron mucho todos los caballeros del ejército, y desempeñó este encargo con tanta imparcialidad y justicia, que mereció las alabanzas de todo el mundo. Agradecido D. Diego á tantas mercedes como había recibido del cielo, donó á la santa Iglesia Toledana la

villa de Cubilete, con sus molinos y pesquerías, imponiéndole sin embargo la obligación de tener encendido de día y de noche, durante las horas canónicas, un grueso cirio que conservase por siempre su buena memoria. Deseando el cabildo por su parte dar una prueba de su reconocimiento á tan cumplido caballero, mandó colocar en el lugar en



que existe, su estatua: es esta de regular escultura, perteneciendo indudablemente á la misma época en que se hizo la sillería baja del coro y se labraron las estatuas del respaldo de la capilla mayor.

## LOS ZAPATOS Y EL SOMBRERO

La benevolencia divina quiso sin duda hacernos pertenecer al número infinito de esos seres que sobran en todas partes, y que, si es permitido expresarse de este modo, á veces se sobran á sí mismos.

Con tan plausible ó tan no plausible motivo, nos entregamos común y frecuentemente á la tranquila vida del hombre público, es decir, del hombre que vive en público, ó mas bien en la Puerta del Sol. En una palabra, somos casi vagos.

Días ha, y en uno de los breves ratos de que en nuestra ocupada profesión pudimos disponer, sin saber por dónde, cómo ni cuando, vinimos á dar con nuestras moléculas todas (que son bien pocas) en un gabinete de lectura.

Con el aire mas españolamente orgulloso, tendimos el brazo derecho, le doblamos haciendo con él un ángulo agudísimo y en seguida metimos los dedos índice y pulgar de la mano diestra en el bolsillo del chaleco, sacamos nuestro corto capital, y guiados por una inveterada costumbre, pedimos LA ILUSTRACIÓN, ahuecando la voz cuanto nos fué posible.

Íbamos recorriendo con satisfacción las columnas del periódico, encontrando en ellas recreación y aprovechamiento, cuando cáta ahí que llegamos á distinguir el principio de un artículo titulado: *Un artículo para un sombrero*.

«Aquí está Aimable en todo su esplendor,» dijimos para nuestra levita (porque hacía calor y no llevábamos capote.)

Pasamos la vista sobre los primeros renglones y conocimos que no se trataba del célebre sombrerero (porque también hay celebridades sombrereras.)



Leimos todas aquellas cosas dichas con gran perfeccion, mas no podemos menos de esclamar: ¡ahl!

Este ¡ahl! este lacónico ¡ahl! era una contestacion y encerraba en sus dos desamparadas letras toda una bella historia, un poema, casi un cuento de las *Mil y una noches*.

Con efecto, lector carísimo, esa exclamacion traducida al lenguaje vulgar, quiere decir: «Señor articulista, permítame Vd. que me oponga á las deducciones que Vd. hace en su *Revista capital*. Veo con profundo sentimiento que no conoce Vd. la mitad de las causas que obran poderosa y terriblemente en el ánimo del ser racional; y que, sobre todo, le es á Vd. completamente ignota la principal, la mas interesante, la que seca el corazon en brevísimo término»

No negaré que un sombrero pueda ejercer alguna influencia en la parte espiritual de un individuo. Pero la significacion que tenga un sombrero bueno ó malo es ninguna, si se la compara con el valor moral de unas botas.

¡Las botas!... Ayl! qué placer tan pedestre se experimenta cuando van encerrados los pies en un aparato de charol que deslumbra con su brillo á los transeúntes!

A fé que si no fuera por miedo de caernos, levantaríamos entonces nuestras estremidades inferiores á la altura de la cabeza para tener el gusto de mirar con ellas por cima del hombro á nuestros prójimos.

Pero no siempre tiene el hombre la dicha de ser el dueño absoluto y el único poseedor de un par de botas con todas sus incidencias y dependencias.

¡Un par de botas nuevas! Feliz mortal aquel que goza de tan rica propiedad

Las gentes *comm' il faut*, las personas elegantes y de gusto esquisito y delicado, nunca fijan su atencion en el sombrero, al tiempo que siempre calzan ó se hacen calzar esmeradamente.

¿Y por qué? me preguntará el lector. ¿Por qué? Porque un sombrero se arregla, se plancha, etc... y adquiere cierto aspecto medio decente. Mas unas botas viejas no tienen arreglo, no tienen compostura posible.

Y adviértase que aunque Setanti dice como cosa siempre admisible, que «los males envejecidos no se pueden curar sin remedios fuertes» segun mi opinion, á veces ni aun de este modo se curan.

Desdichado aquel pobretón que vé á sus botas ó zapatos (que para el caso es lo mismo) desdichado, repito, el que vé á sus botas perder su primitiva elegante aristocrática y afilada forma para convertirse poco á poco en unos platos horribles.

Nada puede el ingenio humano contra tamaña desgracia. Ni el betun, ni el barniz, ni el charol inglés, ni el unto craso, nada en fin, puede influir en el aspecto público, en la perspectiva del mal aventurado adorno pedestre. Aquellos infieles aparatos brillarán mas, pero siempre serán feisimos, á la manera que ciertas viejas coquetonas que se adornan y se componen y cubren de brillantes que deslumbran con los infinitos resplandores que despiden, pero que siempre aparecen viejas tras de aquellos mares de luz.

Al topar con tan tenaz resistencia el infeliz deszapatado, se halla en el triste caso de discurrir, pensar profundamente y calcular con severa frialdad antes de lanzarse á la calle, mas, mucho mas que un general la víspera de una gran batalla. Y hay una poderosa razon para que esto sea así.

El general, siempre ó casi siempre cuenta con fuerzas bastantes para cubrir los flancos y ejecutar todas las maniobras que imagina, al paso que el misero boti-oto encuentra siempre un flanco por el que está en descubierto... algun dedo.

¡Ay, señor articulista! Dichoso Vd. si no conoce las amarguras que secan el corazon del desventurado que mira incesantemente á sus pies y los vé mal encarados.

Aquel que es dueño absoluto de un sombrero viejo, le queda un gran recurso en medio de su infelicidad. ¿Tiene mas que echarla de pensador, de filósofo?

Quitese el sombrero y llévelo en la mano haciendo creer al público que es tanta la fuerza de sus ideas, que rechaza todo peso sobre el cráneo.

Este es un recurso, un remedio á sus males, por mas que sea forzoso.

¿Pero podrá hacer lo mismo el propietario de unas botas deterioradas?

¿Parecerá bien que las lleve en la mano?

—No, porque todo el mundo le tendría por loco á quien tal hiciera, en lugar de considerarle filósofo ó distraído.

Tiene, pues, que llevar puestas las botas y sufrir impávidamente las curiosas, impertinentes y hasta insultantes miradas de cuantos observan las anticuadas bases sobre que camina.

Por Dios, que todo hombre que se halle en tal situacion, debe maldecir los amantes de antigüedades. Hoy mismo les escomulgara yo por necios.

Sufre el pobre paciente esa revista de inspeccion de los curiosos y aun nota alguna maliciosa sonrisa que resbala por los labios de los ricos poseedores... de un buen par de botas.

No le queda el recurso de aparentar distraccion ó aglomeracion y fuerza en las ideas, y por consiguiente se encierra en su casa y discurrir algun medio de disimular los estragos del tiempo.

Después de pensar mas que Newton para la resolucion de un problema difícil, se dirige á una mesa, satisfecho de su inventiva, toma una pluma, la llena de tinta y enderezándola hácia cierta monstruosa raya blanca que se deja columbrar á un lado de una de las botas, embadurna la calceta y consigue disimular aquella risa espantosa de su calzado, risa que le producía sudores y mareos sin cuento.

Lánzase triunfante á la calle... anda veinte pasos... las botas le están anchas... se mueve la calceta... y reaparece la infernal sonrisa mas tenaz, mas sarcástica que nunca.—Nuevos sudores; cree que to-



(Aventuras de un loco coronado.)

dos le miran y conocen el secreto... olvida su modo de andar... apresura el paso y llega de vuelta á su casa con las piernas hechas una trenza... que le cuesta mucho trabajo deshacer. Reflexiona, suspira, se desespera é inventa mil medicamentos, los aplica y siempre obtiene resultados fatales. Por fin, une á la calceta un pedazo de tela negra á favor de algunas puntadas y logra un envidiable triunfo.

Este es el paliativo que como mejor me atrevo á recomendar á cuantos se encuentren en la penosa situacion de los boti-rotos.

—Todas estas desventajas hacen relacion á la vida de calle.

Llegamos á la posicion mas critica y apurada en que puede hallarse un hombre de malos cimientos.

—Señor articulista, un hombre que disfruta un mal sombrero no debe apurarse porque una fuerza insuperable le obligue á hacer una visita de alguna etiqueta.

Deja su mueble de carton sobre una silla y es asunto concluido: puede hablar ya con desenfado y sin el mas mínimo temor.

No así el que use ó por mejor decir abuse de un par de malas botas. Este ha de sentarse, y una vez sentado avanzan sus pies mas que el resto de su cuerpo.

Sabido es que por regla general nos llama siempre mas la atencion aquello que se halla á menor distancia de nosotros, y mucho mas si ofrece alguna singularidad á la observacion.

De aqui nace que las miradas de nuestros interlocutores se diri-



jen á donde no quisiéramos. Esto nos obliga á encojernos: despues á colocar delante la bota menos mala y á atrincherar la otra en la sombra que aquella proyecta.

De este modo se salva nuestro honor por un momento.

Se entabla una conversacion que por grados se anima: crece nuestra amabilidad: aumenta nuestro entusiasmo, se quintuplica nuestra distraccion, y cansados del enojoso encojimiento, colocamos una piedad sobre la otra, prosiguiendo el dialogo con absoluta confianza y sin fijar nuestra atencion en las miradas del prójimo.

Así pasa un momento.

De repente el ser desgraciado torna en sí, repara su atrevimiento y vuelve á encojirse, mientras que un sudor frio cubre su encendido rostro y un temblor nervioso hace vacilar á su cuerpo... y á su lengua.

En tanto la señorita de la casa, llena de perspicacia mujeril, ha notado todas sus evoluciones y le mira con el aire mas malignamente burlon que puede imaginarse.

El mancebo se encoje mas, balbucea, corta la conversacion, se levanta y sale de la casa tambaleándose y en un completo desórden, tropezando en cuantos muebles encuentra al paso y produciendo un estrépito sevastopolitano. ¿Pueden darse mayores calamidades? Pues aun hay mas. Un hombre con buenas botas y mal sombrero, puede hacerse amar por una mujer. Un hombre mal calzado, jamás logró hacerse mirar... si no es para sufrir alguna sonrisa epigramática.

Yo tuve un amigo, (y esto no es cuento) tuve un amigo á quien amaba como á un hermano. Era tan desventurado como bueno: tan buen poeta como pobre. Y adviértase que no soy yo quien lo dice, si no la prensa toda.

Pues bien, ese amigo mio, tuvo siempre, desgraciadamente, muy malos zapatos y muy buen corazon. Amó primero á los hombres y despues á las mujeres. Los hombres sabian que Dios le habia dotado de gran talento, y las mujeres tambien lo supieron mas tarde.

Aquellos, no obstante, le miraban á los zapatos rotos y le desatendian. Ellas le observaron los mal vestidos piés y le despreciaron. Hoy un desengaño y mañana un desprecio, secan el corazon y marchitan las flores del alma.

La desesperacion viene detrás.

Mi amigo murió en las cenagosas aguas del canal.

Su último pensamiento fué para su pobre madre tan infeliz como angelical.

Tres amigos le acompañaron en su entierro.

La amable sociedad gozaba aun los locos placeres del carnaval...

Vea usted pues, señor articulista, cómo pruebo hasta con casos prácticos lo que me proponia probar. ¡Y tantos pudiera adicionar!... Es tanto lo que aun pudiera decir, que seria precisa una larga serie de artículos como este: pero yo en mi *vaguedad* constante, cortaré por lo sano y terminaré, señor articulista, (aunque á mi pesar no tenga el honor y el gusto de conocerle) ofreciéndome siempre como su mas atento y seguro servidor y recordándole que uno de nuestros buenos poetas ha dicho con muchísima verdad, que es mas fácil en el mundo

«vivir sin corazon que sin zapatos.

P. S. Dispénsenme usted que no haya contestado antes y examinado uno á uno sus argumentos.

Causas independientes de mi voluntad han ocasionado tal retraso.

Otra vez seré mas puntual.

Mi natural atolondramiento me disculpa de lo segundo.—Vale.—

LORADUNA.

## AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

Quedaba, pues, el tercer paso, el que se abria entre la segunda de las dos islas y la plena mar. Este era el que naturalmente el almirante sueco habia mandado tomar al salir de Stokolmo, y no se adivina cómo podia manifestarse la menor indecision en el momento de franquearlo. Se va á conocer la estraña, la espantosa causa de esta vacilacion. Conviene no olvidar que la escuadra entera se dirigia con sus linternas amarillas sobre la linterna roja del navio almirante, colocado á la cabeza de la linea.

Sobreponiéndose á la última debilidad, dijo Carlos XII á Reginold lo que le habia dicho ya respecto al medallon.

—Arroja esas cartas al mar, que la cateria vaya á unirse con el retrato, añadió.

Y Reginold se habia conformado con esta segunda inmersión resolviéndose hacerla de la misma manera que habia hecho la primera; en vez de arrojar las cartas se habia desembarazado de su reloj. Nada

era mas facil que semejante sustitucion en medio de la oscuridad tenebrosa que reinaba en torno de la fragata.

—Ahora! exclamó el rey, que no se apercebía mas que Reginold de la confusion de la escuadra, hénme aquí libre!

Hénos aquí dispuestos enteramente para los trabajos, y las aventuras de la guerra!.. Algunas horas mas y los primeros cañonazos habrán limpiado hasta la última huella de ese amor.

En este momento el capitán del *Calmar*, pálido y tembloroso, corrió á decir al rey:

—Señor, no debo ocultaros lo que pasa.

—Pues qué pasa, capitán? El desórden de vuestras facciones...

—Mirad, señor...

—En efecto, la escuadra ya no está en linea; una mitad sigue una direccion que no toma la otra; la de que nosotros formamos parte...

—Y eso cuando nos encontramos en los *Tres Pasos*. Señor, el acontecimiento va á ser seguido de algun gran desastre.

—Pero por qué se ha dividido así la escuadra? Responded!...

—Señor, eso debe ser cosa de sortilegio.

—Bah! Un marino como vos usar semejante lenguaje!

—Señor, ved por vos mismo si he hecho mal en hablar así... Mis instrucciones eran que todos los navios de la escuadra arbolasen antes de entraren en el paso una linterna amarilla en el gran mástil.

—Y no se ha hecho?

—Puntualmente, señor; pero se habia añadido en esas instrucciones que todas esas linternas amarillas se reuniesen en una sola linea detrás del navio almirante que llevaria en el palo mayor una linterna roja.

—Me parece que el navio almirante tiene su linterna roja en el palo mayor.

—Sí, señor, pero dignaos mirar hácia este lado... Qué ve V. M. á la cabeza de la mitad de la escuadra que se ha separado de la otra mitad de que formamos parte?

—Es singular... Sí, veo una linterna roja... ¿Hay dos? La que nosotros seguimos y esta? ¿De dónde viene?...

—Sí señor, mientras que no debería haber mas que una.

—¿Quién, pues, ha elevado en su mástil esa segunda linterna roja, causa de la confusion?

—De seguro, señor, alguno que quiere perder la mitad de vuestras escuadra y que la perderá.

—Oh! los dinamarqueses... es una astucia dinamarquesa, dijo el rey reclinando los dientes.

—Lo ignora, señor; pero lo repito, la mitad de vuestra escuadra está perdida (precisamente la de que formamos parte), si persiste en empeñarse en el peligro. La linterna roja que seguimos es la falsa: la verdadera, que es la del almirante, está en el buen camino, puesto que nosotros estamos en el malo. Señor, hay que tomar un partido pronto, decisivo, instantáneo. Estamos en el punto de los *Tres Pasos*. En el primero no hay que pensar. No, señor, encontráramos en él nuestra tumba... la escuadra dinamarquesa está acoderada en él bajo el cañon de los fuertes. El segundo paso sabeis que es intransitable, y ahora ya no nos es permitido recurrir al tercero si queremos estar mañana en Copenhague; nos seria preciso bordear mas de dos dias para entrar en él. Consejo, pues, á V. M. que se dispare el cañonazo de alarma á fin de prevenir á los navios que nos siguen en cuanto la tempestad lo permita, del peligro comun que nos amenaza, y cuando nos hayan oido decirles que regresen á Suecia.

—Qué demonio nos ha hecho traicion y ha descubierto nuestras señales?

—Vos lo habeis dicho, señor, es un demonio. Nunca ha visto el mar semejante supercheria, maniobra tan desleal, para obtener sin combatir la destruccion entera de una flota.

—¿Qué hacer? se preguntaban con angustia todos los oficiales de marina.

—Aguardar el dia, decian unos.

—Pero aguardar al dia para tomar un partido, objetaban otros, siempre es hacer que la otra mitad de la escuadra llegue sola mañana por la mañana bajo los muros de Copenhague, y que sea destruida á causa de su aislamiento y su insuficiencia.

—Señor! dijo el capitán con firmeza, vuestras órdenes. Estamos á la entrada de los *Tres Pasos*, ó mas bien de los dos que se nos presentan tan impracticables el uno como el otro. ¿Regresaremos á Suecia, señor?

—Tomad ese paso, dijo el rey con frialdad.

—Pero señor, si por ahí nunca se ha pasado! es el paso cuyos escollos...

—Pues que se pase...

—Pero señor, vuestros navios.

—Que se pase.

—Pero señor, mi deber...

—Que se pase.



— Señor, soy el jefe después de Dios en esta fragata, y respondo de vuestra vida.

— Y yo soy jefe y dueño con Dios del reino de Suecia y vuestras vidas me pertenecen.

— Si señor, gritó la tripulación de la fragata.

— *Dirigid la proa al paso*, gritó con voz conmovida el capitán, cuya fragata fué seguida á poco por los veintitres navíos de línea separados de los otros veintitres que llevaban buena dirección.

Luego que hubo dado esta orden funesta, rompió el capitán su espada, arrojó su sombrero al mar y pisoteó sus gloriosas charreteras. Un niño insensato jugaba la vida de dieziocho mil, la existencia de veintitres navíos y enviaba al fondo del mar cien millones. Y sacrificar así la mas hermosa parte de una población, la mitad de un reino, la víspera de una batalla!

El capitán del *Calmar*, lloraba como una mujer cogiendo con las manos crispadas sus cabellos.

En medio del silencio solemne que reinaba en aquel momento supremo, dejóse oír una voz que cantaba con variaciones prodigiosas y suma gracia aquella antigua canción francesa.

« Los ánaes bien pasaron

Tira lira lira

Tira lira lira

Los ánaes bien pasaron, etc.»

— ¡Amable francés!

— ¿Silencio Olof, estáis borracho y está el rey ahí?

— ¿Amabilísimo francés, dónde estamos?

— Vamos á pasar un cuarto de hora impertinente que parecerá durar dos horas, y durante el cual tal vez echéis mucha agua en vuestro vino.

— Todavía agua?

— Si, pero salada querido Olof.

Y el caballero Megret repitió con grande asombro de los suecos:

« Los ánaes bien pasaron

Tira lira lira

Tira lira lira

Los ánaes bien pasaron etc.»

Fué un espectáculo imponente y magnífico á la vez el de aquellos veintitres navíos, audaces nadadores, introduciéndose á velas desplegadas en aquel golfo de doce leguas de profundidad, del que hacían una especie de caverna las aguas y los vientos que allí soplaban. A derecha é izquierda las rocas montuosamente enlazadas las unas cortando el aire con sus gigantescos dientes, las otras desgarrándole con sus puntas, aquí deteniéndole bruscamente para obligarle á serpentear con silvidos semejantes á los de un reptil por entre las ballenas de un abanico petrificado, mas lejos abriéndole falsas salidas donde estaba para salir en el momento con el ruido de un mortero que estalla.

(Se continuará.)

## A ALEMANIA.

AL AUTOR ALEMÁN OEDERLING,

conocido con el nombre de Jowe Ganein (1).

Salve, anciana, que en el templo  
de la sacra ciencia moras  
y su fuego sacrosanto  
en vela eterna custodias.

A tus piés pulso mi lira  
sentado en la dura roca,  
y por ser lira, aunque mía,  
espero que bien la acojas.

Que una lira fué la cuna  
de tu libertad gloriosa  
que cidió tu noble frente  
con la mas bella aureola.

En tí son verdad los sueños,  
pues cuanto la mente loca  
en sus delirios propone,  
tú lo intentas y lo logras.

Tu cabellera de nieves  
con diadema artificiosa  
por verte á sus piés, un día  
cidió la ambición de Roma.

(1) El Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch firmó con este pseudónimo su linda comedia titulada *Un si y un no*.

Mas sacudiste la frente  
de otra corona ambiciosa,  
y hoy para la muerte helada  
cadenas eternas forjas.

Cual águila al cielo vuelas,  
y á la tormenta en su cólera  
robaste de la mano el rayo  
para animar á tus obras.

Truenos la voz de tus bardos  
como en la bóveda cóncava  
retumba el rodante trueno  
de la catarata ronca;

O al choque de duros cráneos  
se abren las tumbas marmóreas,  
y van los pasados siglos  
adonde un Goete los invoca.

O en mágica melodía  
triste baladas entona,  
y los velos de las nieblas  
su voz anima y colora.

En tus argentadas noches  
sus nácares abandonan  
las ondinas, y en los lagos  
se mecen voluptuosas.

Y los géneos del rocío  
que preceden á la aurora  
van á aspirar á sus lábios  
de sus besos el aroma.

Las Willis abren sus alas  
y se exhalan de las rosas,  
y brillan en selva oscura  
cual llamaradas fosfóricas.

Lejano se alza un castillo  
como un gigante en la sombra,  
brilla su alumbrada ojiva  
como ojo de idra celosa.

Allí una virgen pregunta  
por su adorado á las horas,  
y ellas lloran y se alejan  
del castillo silenciosas.

La virgen suspira un himno  
al son del arpa sonora,  
y el rocío de sus lágrimas  
rueda al clavel de su boca.

Envano: Willis y Ondinas  
á su adorado aprisionan,  
y le matan con sus besos  
y sus danzas voluptuosas.

¡Oh Alemania! tú que hermana  
de la Iberia poderosa  
ceñiste á su altiva frente  
con tu dorada corona;

Tú que en su noche de penas  
sola sus fortunas lloras,  
y para su frente fejes  
los laureles de la gloria;

Rosa entre nieves nacida,  
perene, esplendente antorcha  
de la tierra, urna sagrada  
que las ciencias atesoras.

Salve. Si un día de llanto  
lejos de España me arroja,  
y al espirar solo veo  
su imagen en mi memoria

Recoge tú mis despojos  
bajo la pesada losa  
y conserva compasiva  
mi lira, mi única joya.

CARLOS RUBÍO.

## LAS JAMONAS.

### CANTO FESTIVO.

Hábleme de jamón ó de cecina  
quien verme quiera tiritar de gusto;  
tengo ya de jamón hambre canina  
y me produce el bacalao disgusto:



será muy succulenta una sardina,  
pero es mejor el salchichon robusto.  
¡Guerra á toda sardina, guerra, guerra,  
y vivan las jamonas de mi tierra!

Por el jamon desde mi tierna infancia  
mostré ya una afición estrepitosa:  
lágrimas derramé con abundancia  
por una loncha al parecer sabrosa:  
nunca á los dulces encontré sustancia  
y juzgué la cecina apetitosa.  
Carne solo mi estómago reclama  
y al olor del jamon todo se inflama.

Venid todas á mí, venid jamonas  
con ese cuerpo sólido y macizo;  
venid todas á mí, gruesas matronas  
porque solo con veros me electrizo:  
yo á vuestros piés arrojaré coronas  
y seré con las flacas un erizo.  
¡Maldito quien comete la simpleza  
de adorar de una flaca la belleza!

Muchos hombres se vé, que con locura  
por las niñas de quince se acaloran,  
y aunque sean de sal y de hermosura  
las de veinte años mas les encorran.  
O dian de una jamona la gordura  
y de palos con faldas se enamoran:  
por estos gustos, que en verdad son malos,  
dirán que hay gustos que merecen palos.

¡Quién es el guapo que ante mí celebra  
una jóven delgada como aguja,  
que se enrosca y se dobla cual culebra  
si alguien tropieza y sin querer la empuja?  
¡Una flaca mujer, que pura hebra,  
parece el alma en pena de una bruja?  
Nadie, nadie publique tal elogio  
si aumentar nunca ansió el martirologio.

¿Es posible que exista algun jumento  
que las sardinas al jamon prefiera?  
¿Es posible que alguno tenga aliento  
no para amar, para mirar siquiera,  
á una delgada que se lleva el viento  
sin que llegue á soplar con saña fiera?  
Perdónenme las flacas, no las quiero;  
es mejor el jamon para el puchero.

Una flaca se muere cualquier día  
por una horrible enfermedad de pecho;  
no hay flaca que no esté con pulmonía  
todo el invierno en su abrigado lecho:  
les coje á lo mejor la muerte fría  
si el médico no está siempre en acecho,  
y en cura: se las toses y catarros  
tienen todas que hacer mil despilfarros.

Mas ¡cuán diversa, oh cielos, es la suerte  
que tiene una jamona! aun la mas fea  
salud y vida á borbotones vierte  
y ni un rudo huracán la tambalea.  
Desafia impertérrita la muerte  
y en los crudos inviernos mas pasea,  
porque nada la adige ni la asusta  
gozando en si constitucion robusta.

Sin pensar que hay ahora mucho tuno,  
las jamonas se van con desenfado  
por todas partes sin temor ninguno;  
porque tienen sabido y olvidado  
el que la cuerda, como dijo alguno,  
se quiebra siempre por lo mas delgado;  
y así aunque entablen doce mil querellas  
jamás la cuerda quebrará por ellas.

Al ver una jamona el mas adusto  
viejo gruñon á su pesar se bincha,  
sin que sepa bailar, baila de gusto

porque el amor sin compasion le pincha:  
disfrutando á la vez placer y susto  
cual un caballo con furor relincha,  
y tambien cual caballo se desboca  
y á las jamonas con amor provoca.

La jamona mas fea me encandila  
y aun pudiera decir que me en/avola; (1)  
si me coge de espin, me despavila,  
y si alegre me coge, me atortola;  
si una sola me ofrecen en Manila  
iré á Manila por aquella sola,  
y si el demonio me ofreciese ciento  
me lanzaba al infierno muy contento.

Pero miro una flaca, y mas que miro  
os puedo asegurar que nada veo,  
y no brota en mi pecho ni un suspiro,  
ni engendra el corazon ningun deseo:  
de su esbelta cintura no me admiro,  
ni por linda que fuere me mareo.  
¡Y encuentro de jamonas un buen tipo,  
y me admiro, y me pasmo y me constiplo!

Dicen que cada cual tiene su flaco,  
pero no cada cual tiene su flaca,  
porque no es un cualquiera tan morlaco  
que entrega á una delgada su casaca  
y diga lo que guste Horacio Flacco,  
la flaqueza en el mundo es una maca,  
y el ser gordo es honor que todos quieren  
pero que pocos por favor adquieren.

El mismo Dios la robustez aprueba  
cuando castiga la flaqueza humana...  
Por la que tuvo nuestra madre Eva  
de engullirse ¡tragona! una manzana  
siglos la humanidad penando lleva.  
¡Bien pudo, creo yo, aguantar la gana  
que tambien de jamon tengo yo hambre  
y lo sufro, y estoy hecho un estambre!

Son los jamones de importancia tanta  
por mas que muchos la supongan nula,  
que los prohibe la cuaresma santa  
al que carece de la sacra bula:  
yo tengo la de Meco, que me encanta  
porque permite ejercitar la gula,  
y así con gusto, con afan ardiente  
en los jamones clavaré mi diente.

¡Cuán feliz seré yo si un día encuentro  
de graciosas jamonas cien docenas!  
Aquél día estará como en mi centro  
al mirallas rechonchas y rellenas:  
desde entonces mi alma reconcentro  
en ellas solas para ahogar mis penas,  
y al carniboro amor de una jamona  
juro que he de pasar la vita bona.

Vengan, vengan jamonas, y arda troya  
háganse los partidos cruda guerra,  
maldiga de este mundo y su bambolla  
el infeliz á quien el hado aterza;  
que yo, teniendo sustanciosa olla  
y una dulce jamona de mi tierra,  
por nada de este mundo me aturullo  
y vivo sordo al general murmullo.

V. MARTINEZ MULLER.

(1) Recomendando este verbo á la Academia.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.